

DOMINGO VII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 19, 1-2.17-18): *No guardarás rencor.*

Salmo (102, 1-2.3-4.8 y 10.12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (1ª Corintios 3, 16-23): *Todo es vuestro, vosotros de Cristo.*

Evangelio (Mateo 5, 38-48): *Amad a vuestros enemigos.*

Cuando era un chaval, para mí la ciudad de Murcia era casi el extranjero. Solo en ocasiones (partido de futbol o procesiones de Semana Santa) salíamos y visitábamos la Capital. ¡Cómo hemos cambiado! Basta un breve repaso a nuestra reciente y cercana historia para caer en la cuenta de la diversidad y profundidad de los cambios sociales y materiales. En los últimos tiempos el mundo ha cambiado a marchas forzadas. Ese pequeño mundo nuestro ha ido desaparecido y otro más grande y muy distinto ha emergido.

Hemos entrado en una crisis tanto económica como de valores; en una sociedad plurirracial, pluricultural y plurireligiosa, el descrédito de las instituciones y de la vida política; la crisis de las religiones y de la Iglesia. Asistimos a una profunda configuración social y religiosa. Nos guste o no.

Recuerdo el peso que tenía la Iglesia en la vida del pueblo y, ahora compruebo la progresiva pérdida de influencia, tanto en la vida personal como social. Como dejándose llevar, inconsciente e imperceptiblemente, la gente con la que me crié ha ido relativizando, recomponiendo o poniendo distancia respecto a creencias, prácticas y normas religiosas.

Es desde esta situación que escucho y acojo las palabras de Jesús: «Habéis oído que se dijo... pero yo os digo...». Intento escucharlas como una llamada a nuestro presente, ¿Qué nos está diciendo Jesús a nosotros, a la Iglesia, en estos momentos de cambios profundos? ¿Nos quedaremos en quejas y lamentos? ¿Escucharemos con atención lo que quiere decirnos el Espíritu desde la realidad, desde los «signos de los tiempos»?

Los cristianos siempre nos hemos hecho preguntas sobre la fe y sobre cómo vivirla. Cada época viene acompañada de nuevos interrogantes. Dependiendo de la respuesta nos jugamos el sentido de la vida cristiana y la fidelidad al evangelio. **¿Cuáles son las preguntas que hoy tenemos?**

En las primeras comunidades cristianas eran muchos los que se preguntaban por la vigencia de la ley de Moisés. **¿Había que seguir cumpliéndola, tal y como lo hacían los judíos, o había que acogerla pero vivirla desde la novedad de Jesús?** Para responder a esa pregunta Mateo y su comunidad comienzan a releer la Ley Judía. Así, visto desde Él, el mandamiento de «no matarás», el adulterio, la separación matrimonial, la ley del talión adquieren otra perspectiva. Como final de esta relectura y como superación de todo lo anterior Mateo sitúa «el amor a los enemigos». Es la propuesta más novedosa del Evangelio.

En su tiempo la Ley del Talió significó un avance moral muy importante pues ponía límites a la venganza indiscriminada, que decía: «*si tú me has hecho tal daño yo te pagaré haciéndote cuatro veces más daño*». Aquella ley rompía toda una espiral de violencia. Pero Jesús va más allá de la ley y propone «no pagar con la misma moneda». **¿Por qué?** Porque el Reino de Dios que ya ha llegado significa la irrupción de la sociedad de la no violencia, la sociedad del amor que comprende, del amor que perdona, del amor que se olvida del mal.

Aún vivimos en la cultura del Talió y de la venganza. Parece un mal congénito a nuestra condición humana. ¡Nos hace tanto daño el mal que nos infringen que creemos que solo lo superaremos devolviendo “mal por mal”! La palabra “venganza” es moneda corriente en la historia de la humanidad. Si miramos nuestra vida personal descubriremos ¡cuántas veces nos hemos sentido heridos, agraviados y nuestro primer impulso ha sido el deseo de “venganza”!

Jesús da un salto más y nos dice que no solo la “no violencia” como superación de la venganza, sino el amor a los enemigos. Es la novedad absoluta. Les pareció entonces y nos parece hoy una locura imposible de vivir. Nos rebelamos. Nos fallan las fuerzas. **¿Por qué Jesús nos propone esta locura?** Porque Dios es así y actúa así. Cada mañana «*hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos*».

Si conociéramos a Dios haríamos como Él. Somos hijos suyos. Si esta afirmación no se queda para nosotros en grandes palabras que decimos y escuchamos en las celebraciones litúrgicas, sino que procuramos cada mañana creérnoslas con la mente y el corazón e intentamos vivirlas en los detalles cotidianos, iremos comprendiendo y pareciéndonos realmente a Él, que ama sin medida.

Impresionan las personas que no responden al mal sino con bien, las personas que son capaces de perdonar y olvidar. Introducen una novedad poco corriente en las relaciones sociales. En ellas percibimos “grandeza de espíritu”. Dignifican la condición humana. Si a estas personas y sus gestos las contemplamos en profundidad veremos que son testimonio vivo de Dios, que perdona siempre. Se comportan como hijos de Dios. **Parezcámonos a estas personas. Parezcámonos a Dios.**